

placer mas puro para el alma que aliviar la suerte de los desventurados. Habia en un lecho un anciano moribundo; me preguntó hácia qué punto me dirigia, y cuando le dije que venia á este pueblo:—¡ Ah! exclamó derramando algunas lágrimas: hacedme el gusto de entrar en casa del labrador Palemon; allí encontraréis cinco ñinos modelos de amabilidad y beneficencia; todos ellos son mis bienhechores: ayer me dieron cuanto poseian. Yo no tengo parientes y quiero que sean mis herederos; tomad esa corta cantidad, fruto de mis economías, que no creia bastante para pasar el resto de mis dias, y sin embargo me sobra toda entera; repartidla entre ellos y decidles que recibéndola llenarán los deseos del viejo mendigo. — Me encargué gustoso de esta comision, y aquel mismo dia falleció el anciano. He cumplido su voluntad; y así de esto como de mi historia, que os he referido, podéis inferir que el amor filial, el desinterés y la beneficencia son tres virtudes que llevan en sí mismas la recompensa.

El músico dejó de hablar; Palemon fingió sorprenderse del rasgo de beneficencia de sus hijos, alabó su modestia y sensibilidad y los abrazó con ternura. Los niños se empeñaron en que el saboyano recibiese una parte de la herencia; pero este se negó á aceptarla, diciendo que la Providencia atendia liberalmente á sus necesidades, y que conocia lo delicado de los deberes de un ejecutor testamentario; pero prometió no olvidarse nunca de Palemon y de sus hijos.

TARDE VIII

EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS

Quando ultrajado te veas
De un amigo ó de un extraño,
No medites en su daño,
Ni agites crueles ideas.
Por poco noble que seas,
Si escuchas á la razon,
Aun cuando tu corazon
Á la venganza te incita,
El sano juicio te excita
Al generoso perdon.

Muy preocupado tuvo el ánimo de los niños aquella noche y la siguiente mañana el relato del músico saboyano; pero mas aun la gratitud del mendigo que les habia nombrado herederos suyos. No cesaban de mirar, contar y contemplar su herencia y discurrir los medios de emplarla; hasta que por fin le ocurrió á Julio que supuesto que ellos nada necesitaban, pues el padre les daba cuanto habian menester, se informasen de si habia desgraciados en el pueblo que reclamasen auxilios, y socorrerlos haciendo para ello un fondo comun, pues la herencia del pobre debia volver al pobre; todos los niños convinieron en ello excepto Benito. Llegó todo á noticia de Palemon, que se regocijó del buen empleo que aquellos trataban de dar á su caudalito; pero temió que Benito llegase á malearse, y se propuso corregirle mas adelante.

Llegada la tarde y colocados bajo el emparrado, mandó el buen padre llevar el libro grande y en él leyó Armando lo siguiente :

Fin de la historia de Dulis y Gerardo.

Abismado en serias reflexiones caminaba Gerardo ya fuera de Cambray, cuando pasan dos hombres junto á él diciendo : Es obstinada como una Lucrecia. — En efecto, parece virtuosa. ¡ Pobre Gerardo ! si supiese que su hermana solo está á dos leguas de aquí.....

La celeridad de los caballos no permitió á nuestro amigo oír una palabra mas de la conversacion de los dos desconocidos; pero esto bastó para hacerle decidirse á registrar todas las inmediaciones de la ciudad. Su hermana estaba á dos leguas; pero ¿ en qué direccion?... Pregunta en una posada que encuentra en el camino, y le informan de que por allí ha pasado hace algunas horas una aldeana, á quien contra su voluntad llevaban en un carruaje; dos lacayos la habian bajado desmayada. — ¿ Llevaba saya negra? — Sí. — ¿ Y pañuelo azul? — Justamente. — ¿ Y no sabéis adónde la llevaban? — No, porque apenas se repuso, la volvieron al carruaje y desaparecieron.

Gerardo continuó caminando en la direccion que le indicaron; pero distraído en sus cavilaciones se separa del camino, y se pierde : vuelto en sí, advierte su extravío y que se encuentra en un profundo valle; quiere volver atras, y no sabe por dónde ha bajado hasta aquel sitio; entre tanto anochece; el cansancio le obliga á echarse en el suelo, y queda profundamente dormido...

Al llegar aquí Armando, advierte que al libro le faltan algunas hojas, pues de la página 254 pasa á la 267... pero ¿ qué remedio? Era preciso contentarse con ignorar los sucesos intermedios, y siquiera saber la conclusion : continuó, pues, leyendo :

Un año hacia que Gerardo residia en Paris, dedicado á hacer recados y comisiones para los comerciantes, entre los cuales habia uno con especialidad que le distinguia por su honradez, y acaso le hubiera admitido en su casa como dependiente, si una feliz casualidad no proporcionara al apreciable jóven los medios para vivir con independenciam y vengarse con nobleza de los agravios de su amigo.

Pasando un dia por delante de una administracion de loterías, le ocurre la idea de aventurar el dinero que llevaba, y tal fué su fortuna, que pocos dias despues vió con indecible placer que ha-

bia alcanzado un premio de veinte mil duros. Dueño de una fortuna para él inmensa, al instante toma un partido : volverá á Cambray, buscará á su hermana; si Dulis es rico, aun le dejará entregado á su suerte; pero si está necesitado, le dirá : Partamos entre los dos mi dinero,

Disfrázase de comerciante judío, y llega á Cambray bajo el nombre de Benjamin, fingiendo que va á emplear caudales; corre la voz en la ciudad, y el primer vendedor que se le presenta, es Dupuis. ¿ Vais á fijaros en esta ciudad? pregunta al supuesto judío. — No, responde este, cubriéndose bien el rostro para no ser conocido; voy á países extranjeros, y busco objetos de valor. — Pues yo os proporcionaré algunos; pero en estos tiempos... la prohibicion... ya me entendéis... Mi amo está necesitado..... y es preciso que entre los dos nos compongamos... me daréis un recibo de la mitad del dinero que me entreguéis por cada cosa, y así todos viviremos... por ejemplo, os traigo una alhaja de valor de doscientos pesos, me dais ciento por ella, y me ponéis un recibo de veinte : ¿ os acomoda?

Efectivamente, presentó un reloj guarnecido de brillantes, de valor de ocho mil reales, y recibió por él sesenta duros, quedando citados para llevarle al dia siguiente alhajas de mucha consideracion. Así sucedió, que por tres mil duros recibió Gerardo joyas que valian doce mil, y de los cuales solo debia dar á su amo mil quinientos. Terminada la venta, supo que Dulis debia huir de la ciudad al dia siguiente, y se decidió entónces á dar parte al magistrado de las maldades de Dupuis, quien despojado de las cantidades mal adquiridas para restituirlas á su dueño, fué conducido á la cárcel á esperar el condigno castigo.

Gerardo recobra su nombre y su modesto y verdadero traje; toma la cajita de las alhajas compradas, y dirígese con ella á casa de Dulis... ¡ Qué mudanza! ¡ qué cambio encuentra en ella! Ni un portero, ni un criado; la desnudez y soledad mas profunda reinan en todas las estancias. Llega al cuarto de Dulis, y este, creyendo ver en él alguno de sus muchos acreedores, palidece. Conoce á Gerardo, y pareciéndole que va á insultarle en su desgracia, y echarle en cara la conducta que con él observó cuando estaba en la opulencia, toma una pistola y quiere quitarse la vida; pero Gerardo le detiene, le estrecha en sus brazos, y le persuade á que admita sus consejos y su proteccion. No nació vicioso, Gerardo, dice Dulis; pero las malas compañías, los malos consejos y el atractivo de las riquezas y de los deleites... mas ya toto lo he

